

KoKo

KoKo cumple años fue escrito hace

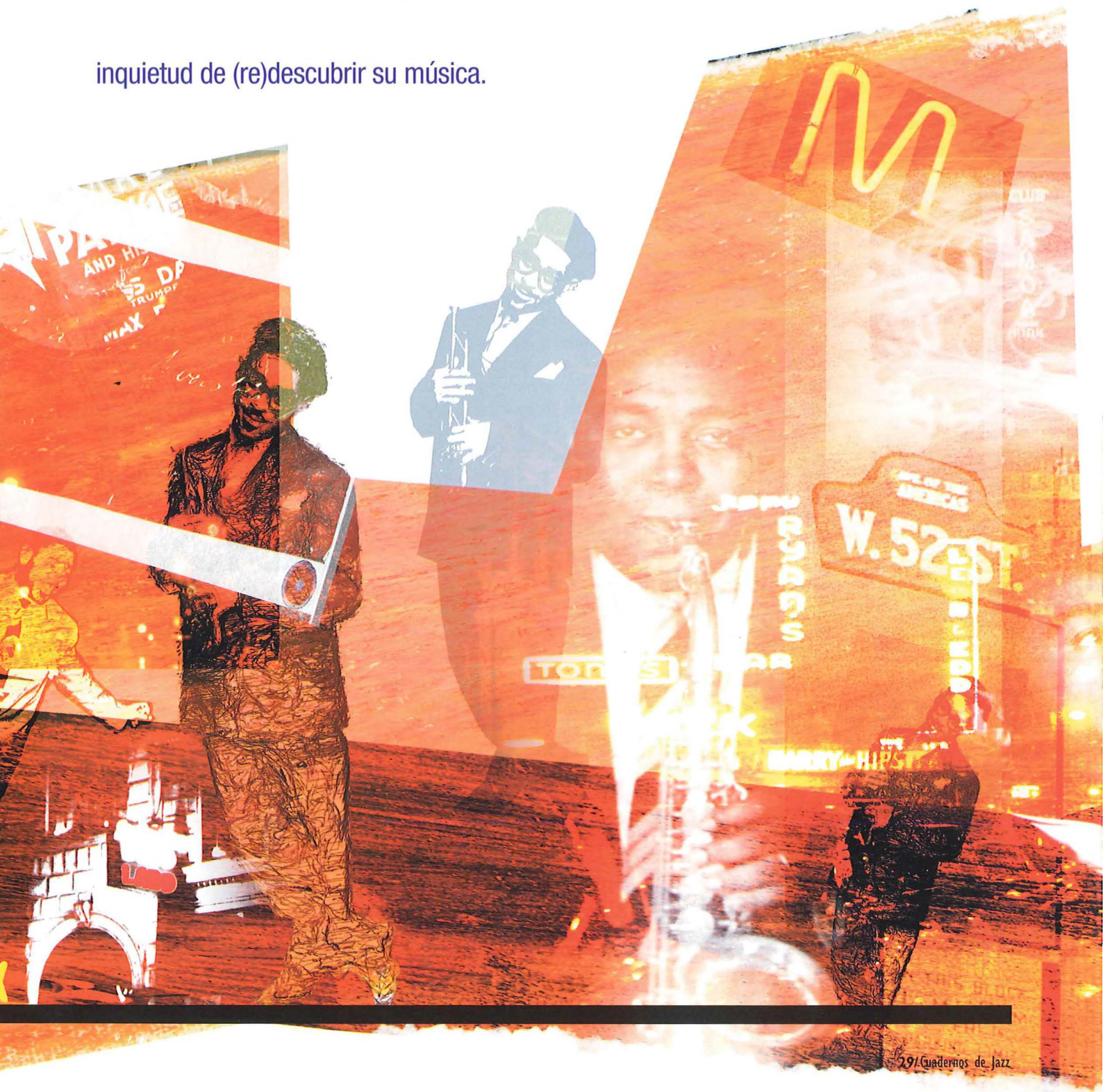
cumple años

Texto: **Vicente Ménsua**

Ilustración: **Marcelo Spotti**



diez años -y publicado en el nº 31 de *CdJ* (noviembre-diciembre de 1995)- fruto de la fascinación que sobre mí ejercía, y sigue ejerciendo, la figura de Charlie Parker. Unida a esta fascinación, mi intención fue también la de crear en el lector la inquietud de (re)descubrir su música.



26 de noviembre de 1945

Nueva York yacía placidamente en un suave otoño. Templados vientos del suroeste elevaban la temperatura hasta cifras anormalmente altas para la época del año. Ni siquiera los abundantes adornos navideños que pendían en edificios y árboles hacían pensar en la próxima llegada del invierno. Las hojas de color ocre pardo, unidas a las luces de los adornos, daban a las calles un aspecto irreal.

Charles Christopher Parker paseaba por la Sexta Avenida hacia el sur. Su delgada silueta se veía reforzada por el estuche del saxofón que colgaba de su mano izquierda. Acababa de salir de la boca del Metro. A *Bird*, nombre por el que era conocido, no le gustaba el Metro. Pensaba que era lo más parecido a un tubo neumático de esos que se utilizan en los grandes almacenes para la recaudación de las cajas sin necesidad de mover a los empleados de su sitio. Sí, eso era cierto, pero también que el Metro era uno de los males necesarios de esta ciudad. Bueno, eso suponiendo que Nueva York fuera una ciudad. Nueva York, siguió rumiando, era más bien un inmenso almacén, un gigantesco granero en el que se apilaban, mal que bien, millones de personas. Las enormes distancias te hacían perder parte del día yendo de un sitio a otro. Nadie parecía tener tiempo para nada. Al poco de su llegada, decidió prescindir de horarios. El tiempo se convirtió en el lapso entre levantarse e irse a dormir. Esta filosofía temporal le había creado algún problema. Hoy, por ejemplo, sabía que tendría uno y gordo. Había quedado a las ocho, eran ya las ocho y media y todavía le quedaba un buen trecho.

Y no era porque la cita no le motivara, al contrario; se trataba, ni más ni menos, que de dirigir su primera sesión de grabación con absoluto control de músicos y música. Hoy, sin duda, podía ser un gran día.

Estaba en el cruce de la 52 con la Sexta, aceleró un poco su cansino caminar pero por poco tiempo.

**Charles Christopher Parker
paseaba por la Sexta
Avenida hacia el sur. Su
delgada silueta se veía
reforzada por el estuche del
saxofón que colgaba de su
mano izquierda**

Koko cumple años

Decidió disfrutar de su paseo ahora que entraba propiamente en *La calle*. Allí estaban el Spotlite, el Three Deuces, el Hickory House, el Ryan's... los principales locales de música de esta parte de la ciudad.

Atravesó la 52 en sentido diagonal para buscar la Séptima. Cuando pasaba, al otro lado de *La calle* vio al portero del Three Deuces, Pincus, un tipo simpático pero algo ruidoso. Al ver a *Bird* le llamó con fuerza. *Bird* respondió lo más efusivamente que pudo. Pincus le había hecho favores de aquéllos que no todo el mundo es capaz de hacer. Era un buen tipo, de esos extremadamente comunicativos: le salió al paso sometiéndole a un bombardeo de preguntas. Sin parar de andar, acelerando el paso de manera exagerada, *Bird* le dijo que tenía mucha prisa porque esa misma tarde grababa y llegaba tarde. Pincus puso cara de comprensión y haciendo una especie de saludo militar le dejó ir.

Mientras se alejaba, pensó que el Deuces era quizás el local más agradable de la calle 52. *Bird* había tocado en él en varias ocasiones aquel mismo año. Estaba decorado con gusto, no como el Spotlite que parecía una cueva prehistórica. Nada más entrar estaba el guardarropa, allí estaba Rose, una pelirroja de Austin, extrovertida como buena tejana y dotada de un admirable instinto maternal... *Bird* sonrió recordando las veces que Rose le había acompañado a su apartamento, cuando borracho de excesos era incapaz hasta de dormir. Al lado del guardarropa, tras unas gruesas cortinas color aguavino y ribetes dorados, estaba la barra, una enorme barra de caoba. La sala no era de grandes dimensiones, el tamaño justo.

Bird recordó que había pasado sólo una semana desde que tocó la última vez en el Deuces. Dexter, Bud, Curley y Max formaban la orquesta. Bud estaba pasando por un mal momento y en esas circunstancias era muy difícil, casi imposible, entenderse con él. A pesar de eso, a pesar de todo, entre él y Bud había

Pocos había que hubieran asimilado el bebop. Claro que, a él mismo también le costó lo suyo llegar adonde había llegado

una sincronía musical casi telepática. Cuando estaba bien Bud era sin duda el mejor. Aquel último día, domingo por la noche, la sala estaba repleta y rezumaba un ácido olor a tabaco. El Deuces aparecía iluminado por una mortecina y amarillenta luz, dejando apenas entrever las pequeñas mesas repartidas en torno al escenario. Por allí en medio, Doris, una atractiva morena de pelo corto y mediana estatura, movía el cuerpo con el descaro de alguien que está orgulloso de él y ha perdido los prejuicios hace ya bastantes años. Detrás de la barra, eje del Deuces (y de todos los clubes que *Bird* conocía), se agitaba Tommy, un robusto barman, medio calvo, de sonrisa fácil y don de gentes. Un montón de vasos, ejército mudo de vidrio, se prestaban a librar la dura batalla diaria con los clientes. *Bird* creía que los vasos eran la pieza básica de un local como aquél. Aunque le costaba un gran esfuerzo aceptarlo, nadie entraría allí sólo por la música. Estaba claro que nadie entraría allí sí, además de música, no hubiese habido alcohol. Por otra parte, se hacía difícil imaginar a los clientes de un local compartiendo indiscriminadamente el morro de una o varias botellas. Conclusión: el vaso era tan importante como la propia música. Y era cierto, *Bird* pensaba en aquellos vasos como el medio necesario para ahogar la sed, pero también las frustraciones, o para esconder temores e incluso espolear espíritus poco sensibles. Él mismo tenía una vasta experiencia... Aquel ambiente algo cargado, que unía rumor de vasos mezclado con el de voces y que estaba bañado por la luz filtrada a través del humo de los cigarrillos, le resultaba extremadamente agradable y especialmente aquel día en el que sentía que la inspiración le acompañaba como una amante satisfecha.

Bird recordó que Bud apenas tocó en la introducción del primer tema. Un ataque de risa muda, colmo de histerismo, le dejó fuera de combate en pocos minutos. Quedó traspuesto, la mirada perdida en el fondo de la sala y las manos temblorosas. Lo sentaron en una silla junto al guardarropa para que Mamá Rose tuviera cuidado de él.

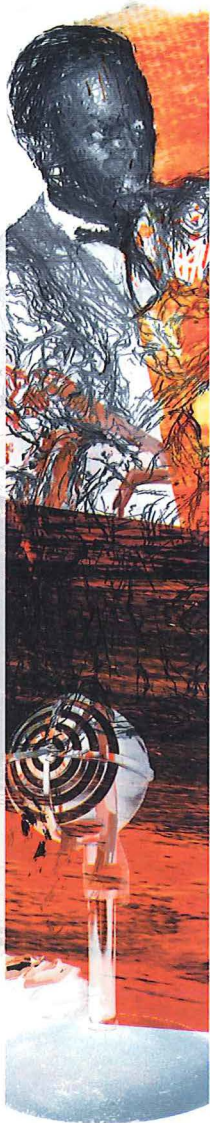
Como era frecuente, en la sala había algunos músicos. Curley recomendó a un conocido suyo llamado Argonne Thornton, que se hacía llamar Sadik Hakim,

Bird no lo conocía demasiado pero sí le había escuchado un par de veces. Era un buen tipo y un pianista cuando menos correcto. Hakim aceptó la propuesta con una indis-

mulada euforia y acompañado de Curley se dirigió hacia el piano.

Bird disculpó a Powell ante el público, presentó a su nuevo pianista y encadenó *Hot House* pensando que al estar basado en *What Is this Thing Called Love?*, un standard muy conocido, Hakim no tendría demasiadas dificultades. *Bird* hacía la primera voz y Gordon le contracantaba, era la forma en que le gustaba introducir este tema. Hacía calor y *Bird* dejó a *Dex* el primer solo. Como era su costumbre, mientras tocaba otro solista se concentraba convergiendo sus ojos en la boquilla de su saxo, a poco más de veinticinco centímetros de su brillante cara, esperando el momento de volver a entrar en juego. *Dex* recorría las viejas armonías de *What Is this...*, su enorme sonido llenaba cada rincón de la sala. Era un tipo extremadamente hablador que parecía estar siempre de buen humor. Sin embargo, aquella noche no parecía muy inspirado y dejó el solo en el segundo coro. *Bird* hizo un leve movimiento con la ceja a Hakim para que fuera él quien entrara a continuación. A los pocos compases se dio cuenta de que ni siquiera el ritmo saltarín de la pieza era capaz de esconder las carencias del pianista. Este parecía entender la música como si de una carrera de obstáculos se tratara. Pocos había que hubieran asimilado el bebop. Claro que, a él mismo también le costó lo suyo llegar adonde había llegado. Lo recordaba como un proceso casi doloroso. Ahora todo era más natural ¿podía ser de otra manera? El pianista acababa su primer coro y parecía coger el rábano por las hojas reduciendo la música, aquella música, ¡su música!, al seguimiento de una especie de manual de instrucciones. ¡Dios mío, qué martirio! Tuvo el impulso de "entrar" para cortarle el rollo, de irrumpir sacudiendo de su sitio a aquel tipo. Interiormente sonrió, casi se sonrojó, pensando en el efecto que causaría semejante actitud entre los demás músicos y, sobre todo, entre el público... ¡El público, qué sabía el público de aquella música! Sentados allí, ▶





► vaso en mano, ¡el vaso, otra vez!, la mirada casi siempre algo turbia y unas enormes ansias de hablar. La gente parecía utilizar estos lugares para hablar. *Bird* pensó que quizás toda aquella gente no hablaba durante el día y esperaba a llegar al Deuces para soltar lastre. Una copa y la música parecían desatar sus ansias de comunicación. Lo más curioso es que entre pieza y pieza callaban... Incomprensible. *Bird* solía olvidarse de que estaba delante de tanta gente, a veces pasaban semanas en las que ni los veía. Generalmente dependía de su estado de ánimo, o del humor con que se encontrara. Lo único que le distraía de su habitual concentración eran las piernas femeninas: blancas, negras, marrones, amarillas o de cualquier color que pudieran encontrarse. ¡Ah!, un par de piernas asomando por debajo de la mesa eran su fuente de inspiración favorita.

Por el contrario, no soportaba cuando los pantalones de sus acompañantes llegaban a esconder, siquiera mínimamente, un sólo trocito de ese conjunto increíble que forman cosas separadamente tan poco atractivas como unos huesos y una masa muscular, en definitiva miles de fibras capaces de contraerse o alargarse en décimas de segundo pero capaces de formar, sin embargo, aquellas formas suaves, irresistibles. Quedaba finalmente la piel y su color, que para *Bird*, ya está dicho, era lo de menos. Recordó a aquella mujer de casi metro noventa que hace pocos días se sentó en la mesa más próxima al escenario. Iba acompañada de un tipo incomprensiblemente esmirriado, una especie de oficinista gris, de mirada sesgada. ¿Qué tendría aquel tipo para entrar al Deuces con semejante compañía? *Bird* acababa de iniciar un coro sobre *Anthropology* cuando vislumbró el prodigio. Unas envolventes piernas asomaban entre las patas de la mesa y las del oficinista. La falda se le había recogido al sentarse y le llegaba ligeramente por encima de las rodillas. *Bird* se concentró en la doble línea que formaban

sus piernas y la costura de la falda, frontera de un territorio desconocido pero cargado de oscuras sugerencias, todo un mundo. Para *Bird*, en aquel momento, el universo entero. Anidó allí. Imaginó. ¡Improvisó! Las notas fluían sin fin. El tipo, que parecía una anguila fuera del agua, reconoció a alguien y se levantó arrastrando a su pareja. ¡Pluf! la inspiración voló.

Hakim estaba a punto de acabar su tercer coro. Pero bueno ¿qué pretendía este tío? *Bird* no prestaba mucha atención al pianista. Sólo esperaba, con una cierta ansiedad, el momento de entrar, ese instante mágico, único en el que cae el compás, ni una milésima antes ni después, justo entonces, ese momento que no tiene reglas, que hay simplemente que sentir. Quizás el secreto estaba en el preciso conocimiento del transcurrir del compás. No era una ciencia exacta, no había fórmulas; bueno, las había, pero no servían demasiado. Las fórmulas aplicadas a la música eran como el devenir del solo del pianista, fluido pero mecánico, producía notas pero no música. Lester sí que sabía, ¡ah Lester! Qué emoción recordar la primera vez que lo escuchó a pocos cientos de metros de su casa, él tenía 16 años y Lester dominaba la escena, era el amo: la cabeza girada con respecto al eje que marcaba la columna vertebral y su saxofón, el sombrero calado y una mirada de bondad casi infinita fijada en un punto indeterminado... Lester parecía recorrer los compases como por arriba, diseñando una línea melódica que colgaba de no se sabe dónde. Otras veces daba la sensación de que los vivía. Eso es, Lester vivía los compases

como si se deslizara, como si patinara sobre ellos. La realidad era que llevaba un paso muy firme en la difícil senda del swing. Esa "despreocupación temporal" lesteriana fue lo primero que encandiló a *Bird*, la primera pista que le condujo adonde se encontraba. Hakim perdía fuelle en el final del tercer coro, *Bird* salió de su ensoñación y

Lo único que le distraía de su habitual concentración eran las piernas femeninas: blancas, negras, marrones, amarillas o de cualquier color que pudieran encontrarse

Koko cumple años

**Lester sí que sabía,
¡ah Lester! Qué emoción
recordar la primera vez que
lo escuchó a pocos cientos
de metros de su casa, él
tenía 16 años y Lester
dominaba la escena,
era el amo**

dirigió una clara señal al pianista, algo así como ¡aparta que voy!

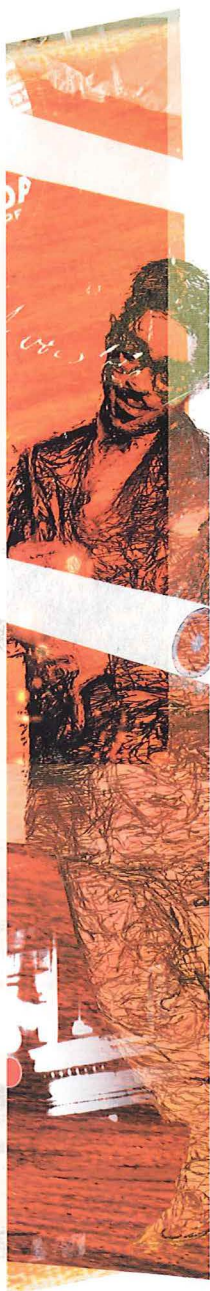
Con los ojos fijos en la boquilla, *Bird* sintió como sus dedos se tensaban sobre las llaves del saxo. Las piernas, hasta ahora estático soporte, cobraron vida, sus pies comenzaron un ligero movimiento que hizo que el resto del cuerpo se balancease mansamente. Su lengua recorrió los labios buscando lubricarlos para que la entrada de la boquilla no le creara problemas. Sintió un ligero cosquilleo en la boca del estómago, apretó los dientes comprobando su firmeza. Los ojos fijos en la boquilla... ¡AHORA! *Bird* atacó la primera nota con el arrojo que un leñador lanza la destreal contra un tronco. Sintió como cuando caes en los sueños, cuando te desplomas al vacío conociendo que tu caída será amortiguada. Aquí, que no se trata de un sueño, es la rítmica la que extiende los brazos salvadores para amortiguar tu caída y te acoge para volar juntos hacia una plenitud incomparable. *Bird* encadena sus primeras frases sobre *Hot House (What Is this Thing...)*. En su cabeza fluyen como chispazos una interminable sucesión de acontecimientos vividos, ¡no, vivos!, que las notas parecen cambiar, transfigurar en explosiones de mil colores. *Bird* ve ahora todo aquéllo como debería haberlo visto; eso es, son vivencias que la fuerza de la música transfigura... aquel viejo en la esquina de la 101 con la Tercera es el padre que no tuvo; el fuerte olor que desprenden los carritos de frankfurts, manjares deliciosos; aquel pájaro fugaz atravesando la 50, es él mismo transformado en águila imperial; el prodigioso trasero de aquella rubia entrando en una zapatería de lujo en la Quinta... todo parecía cobrar un nuevo sentido, *Bird* sentía que penetraba en sus propias ensoñaciones. La rítmica, medio adormecida tras los pesados acordes del pianista, comenzaba a revivir. El tiempo en manos de Max era de seda, fluía sin aparente esfuerzo, era elástico y *Bird* se deslizaba por él como por un tobogán, sabiendo que, hiciera lo que hiciera, Max lo acabaría recogiendo en el lugar oportuno. Tocar con Max era como ir de la mano de tu mejor amigo. Quizás no tenía la chispa creativa de "Klook" Clarke, su mano izquierda no era tan juguetona, incluso puede que fuera menos creativa, sin embargo su *drumming* era mucho más confortable.

Uno se sentía muy bien escuchando detrás suyo aquel *chabadá, chabadá, chabadá* tan musical. El gran timbal de Max le sonaba como a nadie. Seguramente era la forma

en que lo golpeaba. Apenas movía el brazo, era su muñeca la que hacía todo el trabajo, sus dedos acariciaban la baqueta y esta transmitía al platillo la señal; el resultado era una vibración justa, la necesaria, que resplandecía por toda la sala transmitiendo a los presentes una agradable sensación de euforia. El gran cimbalete en manos de Max no era cualquier cosa, sólo algún leve cruce de Curley alteraba aquella extraordinaria afinidad. Bueno, la verdad es que los cruces de Curley no eran los únicos. Desde hacía unos minutos también estaban los de un tal Argonne Thornton, obstinado en desplegar un intenso fuego antiaéreo contra los vuelos de *Bird*, como si quisiera cazarle. *Bird* planeaba sobre su tercer coro cuando le vino a la cabeza la propuesta que le había hecho *Diz* ese mediodía: ¡Tocar en California! De golpe sintió cómo la tensión física que había tenido durante todo el solo le abandonaba. Sin embargo, un encefalograma hubiera acusado una brutal oscilación. Sus neuronas se desbordaron. El firme y suave planeo sobre las armonías de *Hot House* entró en pérdida, aún más en barrena. Era como si a un pájaro en vuelo le hubieran arrancado de cuajo sus alas. Procuró acabar de cualquier forma y los dos últimos compases del coro fueron un caos. Notó que Max acusaba su caída y le pareció advertir que el firme pulso de la mano derecha del baterista se crispaba. Curley, consciente de que algo malo estaba pasando, acudió en su ayuda entrando con un inesperado solo de bajo. Mientras el bajista intentaba cuadrarse con Max, *Bird* se desentendió definitivamente y volvió a California...

Un bocinazo de camión le devolvió a la realidad. Una realidad que se encontraba en la esquina de la Séptima Avenida con la 52. Se situó; debía atravesar la Séptima bajando hasta la 51. El tramo entre la Séptima y Broadway era muy corto, unos 100 metros; allí en la esquina, justo detrás del Roseland Ballroom situado en un viejo edificio de principios de siglo que todavía conservaba un cierto empaque, en el ▶





► quinto piso estaban los estudios de grabación.

Comprobó la dirección y pasó el umbral de la enorme puerta de forja que cerraba el edificio, montando, no sin cierta aprensión, en el ascensor. Era un modelo que tendría los mismos años que el edificio. Observó que todo él era de madera con una gran profusión de vidrios en los laterales y su trayectoria recorrería un bellissimo patio interior. Mientras se elevaba majestuosamente por entre aquellas paredes llenas de ventanas con márgenes serigrafiados, *Bird* pensó en Teddy Reig, el productor de Savoy. Era su primera sesión de grabación para él, una gran ocasión que había que aprovechar. Sería la primera sesión de la nueva música ya que, por desgracia, en las que Dizzy y él habían hecho en febrero y mayo la rítmica no estuvo a la altura. Para tocar su música, el bop, era fundamental un apoyo rítmico intenso, incluso incorriente, que te hiciera sentir una cierta comezón, unos deseos de huir hacia delante para escapar de esa opresión pero, al mismo tiempo, apoyarte en ella. Ahí estaba el secreto.

Teddy le había dado carta blanca. "Organízalo como quieras, nos veremos a las ocho", le dijo. Eran casi las nueve, *Bird* pensó que habría bronca lo cual, por otra parte, le tenía sin cuidado; lo que sí le molestaba era tener que disculparse y todo eso. "Organízalo como quieras". *Bird* llamó a *Diz* y le transmitió la orden. Este le dijo que él no podía participar ya que tenía un contrato en vigor con Musicraft, pero que a pesar de todo le ayudaría y no resistiría dejar de darse una vuelta por los estudios. *Bird* le insistió para que participara de cualquiera manera, aunque fuera con nombre falso... *Diz* le propuso a Miles Davis, un joven estudiante de la Julliard, con solo 19 años, trompetista algo limitado pero con buenas ideas; Bud Powell, Curley Russell y Max Roach. Difícil, casi imposible encontrar una rítmica igual. Pero, por desgracia, esa misma mañana Reig le llamó para comunicarle que

Bud se había ido repentinamente a Filadelfia a ver a su madre. Por lo visto no estaba recuperado todavía de lo del Deuces. Decidieron llamar a Sadik Hakim para sustituirlo porque todos le conocían, incluso Reig ya que había grabado para él con Dexter Gordon hacía un par de meses.

El ascensor se desplazaba lentamente por aquel patio, como un farol móvil iluminaba a su paso paredes y rellanos. Antes de llegar al quinto piso pudo ver la puerta del estudio abierta y gente que entraba y salía, incluso a algunos que estaban sentados en el rellano y por las escaleras. Un leve movimiento oscilatorio le avisó de que había llegado y salió sin cerrar la puerta. No quiso ver a ninguna de aquellas personas y, bastante excitado, entró en el estudio. Lo que se encontró en el interior todavía le dejó más perplejo. Aquello parecía *La calle* a las dos de la mañana. ¿Quién había invitado a toda aquella gente? Había por allí, sin contar a los de fuera, unas cuarenta personas que nada tenían que ver con él, o sea, nada que ver con la grabación. *Bird* sabía que aquella sesión había levantado expectativas en los círculos jazzísticos de la ciudad y por tanto esperaba a algunos músicos con los que mantenía una cierta relación, incluso a otros que no conocía demasiado pero que había visto con frecuencia ultimamente... Pero es que además, estaban todos aquellos hipsters algo locos, todo aquel mundo esnob de artistas e intelectuales, la mayoría de los cuales eran incapaces de distinguir el sonido de un alto del de un tenor, que movían la cabeza obstinadamente como siguiendo el ritmo y tratando de simular un

trance imposible. También vió a algunos de los *camellos* más reputados de Manhattan... bueno eso sí que facilitaría algunas cosas, precisamente en aquel momento iba algo corto. Vió a Reig, le saludó fugazmente y desapareció hacia los lavabos. No había entrado cuando sintió la sucia y áspera presencia de Richie, un hijoputa que tenía el mejor *caballo*

Sería la primera sesión de la nueva música ya que, por desgracia, en las que Dizzy y él habían hecho en febrero y mayo la rítmica no estuvo a la altura

Koko cumple años

"¡Eh Bird! ¿te acuerdas de aquella variación de Cherokee que llamaste Koko y tocamos la otra noche? Podíamos probarla hoyi"

del mundo. Bien, eso era precisamente lo que esperaba encontrar allí. Salió al cabo de doce minutos, transmutado y dispuesto a todo. Su timidez había desaparecido, toda aquella gente no representaba el más mínimo problema. Nada más entrar en la sala, Reig se desplazó hacia él moviendo todo lo que era capaz de mover. *Bird* le miró esquivo sin saber qué decir, esperando que fuera el productor el que hablara primero; a fin de cuentas, él era el ofendido y además el amo. Teddy le recriminó haber llegado tarde pero no le dio tiempo a presentar disculpas. Sin más preámbulo le reclamó los temas que había preparado para grabar. En principio habían quedado en hacer cuatro caras, dos discos, de tres minutos cada una. Ante aquella pregunta, *Bird* quedó paralizado: no había pensado en ello, en absoluto. Instantes después levantó los hombros y sugirió dos blues y dos temas que prepararían allí mismo, que podrían estar basados en *I Got Rhythm* o en *Cherokee*, por ejemplo. Reig hizo un gesto, mezcla de fastidio y de resignación, apretó los dientes, giró sus enormes espaldas y entró junto con el ingeniero en la cabina de grabación sin hacer más comentarios.

Hakim estaba sentado al piano y esbozaba unas frases. Al fondo de la sala había tres sillas donde descansaban un montón de abrigos. Detrás aparecían unos pies vestidos con calcetines a cuadros grises y rojos. Con toda probabilidad alguien dormía allí tirado. Un poco más allá vio a Dizzy que hablaba con alguien. Se volvió hacía él, sonriente como siempre, y moviendo la mano con un exagerado gesto le dio la bienvenida. *Bird* pensó que debía de tener en alguna parte dos partituras con unos blues que escribió hace meses. Mientras buscaba aquellos papeles en sus bolsillos, Dizzy se puso a su altura: "¡Eh Bird! ¿te acuerdas de aquella variación de *Cherokee* que llamaste *Koko* y tocamos la otra noche? Podíamos probarla hoy, después te quedas solo, Max podría hacer un break hacia el final y vuelta..." *Diz* siempre tenía razón, era un buen organizador y un músico con muchísimo talento; además era un buen tío, lo que se dice un pedazo de pan. Alguien tropezó con los pies del dur-

miente de detrás de las sillas y al instante *Bird* pudo ver que el propietario de aquellos inmóviles apéndices era Miles Davis, que apareció subitamente como alma que

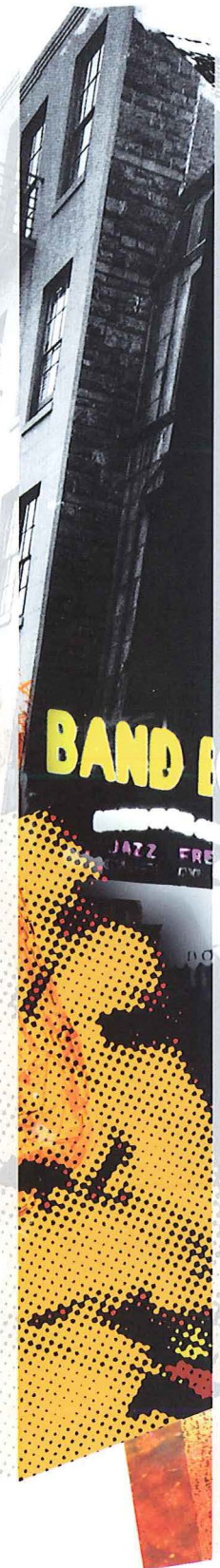
lleva el diablo, cara de pocos amigos y la trompeta colgando de su mano derecha.

Bird puso la boquilla del alto entre sus dientes, *Diz* salió corriendo en busca de su trompeta. En segundos comenzaron a calentar y al poco ya tocaban escalas conjuntamente. Tenían una gran facilidad para tocar al unísono. El sonido resultante nunca parecía la suma de un alto y una trompeta, más bien era como un tercer instrumento con las virtudes de ambos. Miles se unió a ellos. Al lado del brillante sonido y del aplomo de *Diz*, Miles parecía un aprendiz poco dotado. Para *Bird*, sin embargo, el joven Miles llenaba su música de un contenido que en ocasiones superaba con mucho al que era capaz de imprimir Dizzy. *Bird* notó que tenía problemas con la caña de su boquilla, lo que le provocaba la emisión frecuente de falsas notas. Pidió a alguien que fuera a buscar una Rico del 5.

Curley Russell y Max Roach se acompañaban detrás de unas mamparas en otra esquina del estudio. Alrededor de los músicos se fueron formando círculos de personas que escuchaban en silencio.

Al poco se oyó la voz de Teddy diciendo a través del altavoz: "Despejen la sala, en cinco minutos comenzamos".

Habían pasado dos horas desde que la luz roja, mudo testigo del rodar de los magnetófonos, se encendiera por vez primera. En ese tiempo él y *Diz* habían dominado la sesión. Tal y como *Bird* deseaba (y preveía) Dizzy se había erigido como el verdadero director. Él había dispuesto todo, desde el orden de solos hasta los retoques a los algo improvisados arreglos. El primer blues, *Billie's Bounce*, había necesitado cinco tomas de las cuales sólo tres fueron completas. El pianista no acababa de coger el aire a la sesión y el propio Dizzy se hizo cargo del piano. Miles parecía algo agarrotado y sus frases denotaban una cierta inseguridad (no en vano eran sus primeros solos grabados). No hacía más que mirar a *Bird* como para pedirle su aprobación. El otro blues, *Now's the Time*, estuvo listo en cuatro tomas, dos de ellas com-



pletas, y Miles estuvo muy bien en una de ellas. *Diz* siguió a cargo del piano. *Thriving on a Riff*, basado en *I Got Rhythm*, sólo había necesitado tres tomas (dos completas). Finalmente, Hakim participó como pianista y lo bien que se escuchaba al grupo animó sobremanera a *Bird* y *Dizzy*. Quedaba el cuarto tema, que tal y como habían acordado, debía ser una variación sobre *Cherokee*. Era bien conocida en los círculos jazzísticos la especial predilección de *Bird* por esta estructura. *Diz* y *Bird* hicieron un aparte y decidieron excluir de este tema a Miles y Hakim. Tal y como habían planeado esta versión de *Cherokee*, sería mejor no poner en aprietos a Miles y con Hakim, decidieron que descansara.

Prepararon la variación de *Cherokee*, incluyendo el tema propiamente dicho. Luego saltaría *Bird* con el apoyo de *Dizzy* al piano, Curley y Max. Eso parecía lo correcto. Comunicaron a los demás lo que habían decidido: Miles se excusó diciendo que tenía una cita y se fue sin esperar más. Hakim se sentó a un lado del piano, consciente de sus limitaciones y resignado a ser un simple observador.

Una hora de descanso fue tiempo más que suficiente para cenar unos bocadillos y para que *Bird*, corto de dinero y debiendo un pico a Richie con toda probabilidad, negociara con Reig la venta de derechos de *Now's the Time*, que acababan de grabar pocos minutos antes. Reig le ofreció 50 dólares ante el asombro primero y enfado posterior de *Dizzy* y Max, al ver que aceptaba. Eso es justo lo que necesitaba, dijo *Bird*, y sin hacer contraoferta cerró el trato. La voz del productor volvió a resonar: "Silencio, grabando".

Cherokee no quedaba bien después de la variación. Era como vestir con un dos piezas plateado (la variación) a una anciana decrepita (*Cherokee*, evidentemente). *Bird* propuso a *Dizzy* volver a empezar pero esta vez, acabada la variación, él se lanzaría directamente a improvisar durante dos coros. *Cherokee* medía 64 compases: su variación estaría formada por ocho compases (compuestos por *Bird*), un intercambio de saxo y trompeta de 16 compases (improvisado) y vuelta a los ocho compases de la variación. Después, *Bird* haría un solo de dos coros (por lógica, al estar basado en un tema de 64 compases, dos veces 64 compases), seguiría medio coro de Max (32 compases) y acabarían igual que habían empezado. *Diz* se sentó al piano y dejó la trompeta en un taburete para tenerla a mano.

Silencio. Grabando

La luz roja volvió a lucir en el estudio. *Bird* golpeó cuatro veces con el pie en la tarima para marcar el *tempo* y sonó la variación. *Diz* y *Bird* comenzaron a tocar. Su coordinación, una vez más, era fantástica, *Bird* cerró los ojos intentando contener una excitación que le subía del estómago hacia el pecho. Sentía el sonido de la trompeta de *Dizzy* como si formara parte de sí mismo. Los compases de la variación llegaban a su fin. Uno, dos, tres y cuatro, *Bird* se lanzó sobre las armonías de *Cherokee*, el *tempo* muy rápido le convenía especialmente. Pocos músicos eran capaces de improvisar a ese *tempo*. *Bird* lo hacía desde los 16 años. Sintió que su cuerpo, hasta unos instantes antes sólo un manojo de músculos en tensión y de vísceras en movimiento, desaparecía de su persona. Había dejado de ser un compuesto de cuerpo y alma para devenir en una mente capaz de sobrevolar sobre su vida pasada, la presente y también la futura. Por un momento sintió vértigo. Las notas, los acentos, las entonaciones, los saltos de acordes, eran como claves que le posibilitaban una extraña sensación: en su mente ahora todopoderosa se vio a la vez niño y adulto, blanco y negro; a medida que perdía consciencia física las sensaciones eran, paradójicamente, más fuertes. En cada nota que *Bird* acentuaba y desplazaba fuera del *tempo*, su visión daba un salto en la percepción: Kansas*Rosas*Chan*Amor*Mississippi*Lester*Arboles*Jay*Pree*Mamá*Besos*Doris*Olvido*Richie*Odio*Caballo*Muerte*Diz*Bop*Luz...

El acorde que acababa de colocar *Diz* era señal inequívoca de que aquéllo tocaba a su fin. *Bird* sintió dolor al recuperar la consciencia física de sí mismo. Un, dos, tres, cuatro. ¡*Ra-Pataplám!*, Max entró a ocupar su espacio. La caja clara resonó como una llamada de atención, la continuación fue lo que hacía años esperaba escuchar, su propio discurso traducido al lenguaje percusivo. Vuelta al tema. Fin.

Una gota de sudor le bajó de la patilla hasta el cuello, perdiéndose finalmente entre la camisa. Se pasó la mano por la boca y vio a *Dizzy*, por entre la tapa del piano, que todavía tenía la mano izquierda en el teclado y la derecha empuñando la trompeta.

Se miraron a los ojos y sonrieron. Al instante la sonrisa se transformó en carcajada. Todo estaba dicho.

© Vicente Ménsua (1995-2005)

© De la edición: Cuadernos de Jazz (1995-2005)

Koko
cumple años

JAZZ

2005

TARDOR

XII festival de jazz de Lleida
del 10 al 26 de noviembre

más información

973 22 20 27

jazztardor@quadrantcorner.com
www.quadrantcorner.com/jazztardor

DORIS CALES QUARTET - THE BLUE RANGERS - THE MANHATTAN TRANSFER
THE FUNKLAB QUARTET - MIKEL ANDUEZA SUPERQUINTET
RAYNALD COLOM QUINTET - GRANT STEWART & DEXTERITY
ALFONSEN JUANES & FREDRIK CARLQUIST - RENE MARIE
LUCIANA SOUZA. BRAZILIAN DUOS FEAT.
ROMERO LUBAMBO - LEE KONITZ TRIO
CHUCHO VALDÉS CUARTETO
ELECTRIK CONSORT

PATROCINADO POR:



Generalitat de Catalunya
**Institut Català
de les Indústries Culturals**

imac
Institut Municipal d'Acció Cultural



Institut Valencià de Cultura

PRODUCCIÓN:

con la colaboración de:



CON LA COLABORACIÓN DE:

